



Guayacán

Revista digital de Artes Escénicas

#13

PROTOTIPO
2026

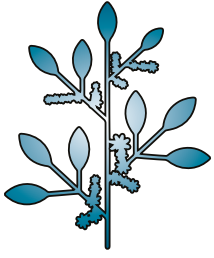
ISSN 2806-0377

Dramaturgia actual

La Cólquide Editorial

PROTOTIPO

Convocatoria de Fomento y Estímulos
para el Arte y la Cultura PP Cultura 2026
Estímulo a la creación de narrativas digitales



Guayacán

Revista digital de Artes Escénicas

#12

PROTOTIPO
2026

ISSN 2806-0377

SUMARIO

3

PRESENTACIÓN

4

JOAN JIMÉNEZ HINCAPIÉ

«Fardo memorial»

Cuento del libro *Entre sombras y desvelos*

10

DRAMATURGO 2

16

DRAMATURGO 3

EDITOR:

Jaiver Jurado Giraldo.

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:

La Cólquide Editorial.

CORRECCIÓN DE ESTILO:

La Cólquide Editorial.

FOTOGRAFÍAS:

Carlos Guerrero, Klauss, Carlos Lema,
Camilo Guerrero, Julia Marín,
Camilo Franco, Gabriela Córdoba Vivas,
Manuel Pérez, Chrisma.

PORTADA:

Freepik.

Revista Digital

La Cólquide Editorial, 2026

www.lacolquideeditorial.com

lacolquideeditorial@gmail.com



PRESENTACIÓN

En este número de la Revista Guayacán nos dedicamos a indagar sobre la opinión de algunos artistas acerca de la actualidad y el porvenir de nuestra dramaturgia. Joan Jiménez Hincapié, Dramturgo 2 y Dramaturgo 3, han aceptado la invitación a compartir sus más profundas inquietudes y, de alguna manera, nos han revelado intimidades de su quehacer y sus proyectos venideros.

Como editor, agradezco este gesto que puede parecer inútil, pero que resulta tan necesario y refrescante en un momento de eclosión de la dramaturgia en Colombia. Sus apreciaciones nos asoman a un país desgarrado por la violencia y la injusticia, con algunos jirones de esperanza. Asimismo, dan cuenta de una cartografía de la condición humana a partir de sus obras — casi todas puestas en el escenario—, yendo desde lo más experimental del *performance* y su conceptualización, hasta los maravillosos riesgos del radioteatro (que muchos consideraban extinto), pasando por el rigor de la palabra y el gesto disruptivo, el sustrato de la memoria como gran motor narrativo, y la madurez espléndida que dan el trajín y la experiencia vital.

El movimiento teatral se ha volcado a la escritura, a la búsqueda de temáticas que dialogan con el acontecimiento social y el conflicto, pero que también escarban en otras orillas. De igual manera, la adaptación de los clásicos —su desmitificación o, para decirlo a la manera de Georges Pe-

rec: «Hay que desamoblar los clásicos»—, está al orden del día. Va saliendo a flote aquello que se había olvidado en medio de acontecimientos precipitados, o que permanecía oculto por su carácter novedoso, como el reconocimiento al legado de mujeres y hombres que han creído en una dramaturgia nacional, en una creación colectiva, en una escritura comprometida con la realidad del país. Ellos, a lo largo de décadas y sin mucho aspaviento, han cimentado lo que es el actual movimiento artístico del teatro.

Estos tiempos revueltos, a su vez, ofrecen poderosas dramaturgias emergentes, aún no asimiladas, pero con un gran porvenir. Esa ola arrastra sin permiso cosas que pensábamos inamovibles de la estructura del personaje o de la puesta en escena, así como dispositivos escénicos que creíamos probados, tomándonos por sorpresa y reafirmando que el teatro avanza hacia escenarios desconocidos.

Desde la Revista Guayacán proponemos seguir la conversación sobre este apasionante tema, frente al cual requerimos un ejercicio comprometido por parte de la academia y sus posibilidades de amplificación. Es necesario, igualmente, establecer políticas públicas desde los entes culturales, que estimulen el resurgir de la dramaturgia nacional, con sus nuevas opciones y matices.



Joan Jiménez Hincapié

Si intentara ubicar esta propuesta en el panorama actual, podría decir que me encuentro en el territorio de una dramaturgia posmoderna, en la que la ruptura y la reinención son indispensables.

En esta búsqueda me permito jugar con la acción, el personaje y la poética escénica, explorando configuraciones que, más que seguir cánones, surgen de las exigencias emocionales y simbólicas que el momento presente demanda. Así, cada obra se convierte en un espacio para reinterpretar la acción y ofrecer nuevas maneras de sentir y pensar la experiencia escénica.

¿Cómo ve el panorama de la dramaturgia actual en la ciudad y el país?

El panorama de la dramaturgia actual en nuestra ciudad y en el país se revela como un territorio vibrante y en constante transformación. Vivimos un momento de efervescencia creativa, en el cual los dramaturgos exploran cada vez más la identidad, el conflicto social y las emociones humanas desde perspectivas diversas y heterogéneas. Este movimiento se ve enriquecido por una multiplicidad de voces que, desde sus realidades y experiencias particulares, van tejiendo una narrativa colectiva que dialoga con las complejidades de nuestro tiempo.

Es notable también cómo, en este contexto, la dramaturgia colombiana abraza la experimentación y la ruptura de esquemas

¿De dónde parte su dramaturgia hoy? Si pudiera inscribirla en el concierto actual de tendencias y nuevas exploraciones, ¿dónde la ubicaría?

Mi dramaturgia se nutre de un proceso introspectivo y expansivo a la vez, donde los límites entre los géneros tradicionales se desdibujan para abrir paso a un lenguaje que dialoga con las pulsiones emocionales, sociales y psicológicas de nuestro tiempo.

No busco encasillarme en un solo estilo. Al contrario, me sitúo en el cruce de caminos entre lo contemporáneo y lo clásico; una dramaturgia que se atreve a honrar las estructuras tradicionales, pero que también desafía sus límites para responder a las nuevas formas de habitar la escena.

tradicionales. El teatro deja de ser solo un reflejo de la sociedad para convertirse en un catalizador de cambio, un espacio donde las convenciones se ponen en duda, y donde lo poético, lo visceral y lo simbólico convergen para desafiar al espectador. Sin duda, la dramaturgia en el país se está gestando en un crisol donde lo clásico y lo contemporáneo coexisten, permitiendo a las nuevas generaciones de dramaturgos reinterpretar el legado teatral desde una sensibilidad crítica y profundamente humana.

Además de los referentes clásicos y los temas sociales, las nuevas dramaturgias en la ciudad y el país encuentran inspiración en fuentes de creación que expanden el horizonte teatral. Es cierto que los acontecimientos históricos, las catástrofes y las noticias de última hora siguen siendo puntos de partida poderosos, pero cada vez más los dramaturgos se adentran en un terreno donde el cuestionamiento psicológico y los descubrimientos científicos —en especial los provenientes de la física cuántica y otras ciencias de frontera— inspiran nuevas formas de construir el diálogo y el discurso poético en escena.

En este sentido, la dramaturgia contemporánea se convierte en un espacio donde lo intangible, lo multidimensional y lo espe-

culativo encuentran lugar, permitiendo al teatro abordar temas sobre la naturaleza de la realidad, la percepción del tiempo y las complejas relaciones entre lo individual y lo universal. Estas fuentes de creación enriquecen el panorama dramático al proponer una estética que va más allá del realismo y del testimonio directo, para explorar los devaneos de la mente humana en su interacción con los misterios de la ciencia y los interrogantes que la filosofía contemporánea plantea.

Este auge creativo, sin embargo, enfrenta retos en términos de apoyo institucional y visibilidad en escenarios más amplios. Aun así, los dramaturgos siguen demostrando una tenacidad admirable, utilizando el arte como una herramienta de resistencia y de creación de sentido en un país que necesita, ahora más que nunca, narrativas que le hablen desde lo profundo y lo genuino.

¿Qué tanto contribuyó la «encerrona» de la pandemia a su proceso dramático?

La «encerrona» de la pandemia fue un catalizador en mi proceso dramático: primero, por la recapitulación de todos los bocetos de historias por contar; y segundo, por un impulso hacia una explora-



ción creativa que trascendiera la escena tradicional y me permitiera replantear la escritura misma. Con los límites físicos impuestos, surgió en mí una dramaturgia más íntima y contenida, casi como un susurro que, aun en su brevedad, lograra captar la profundidad de la experiencia humana. En este replanteamiento, adopté estructuras narrativas más sintéticas, propias de guiones de cine o de cortometraje, donde cada palabra y cada silencio adquieren un peso y un significado que atraviesan lo visual para adentrarse en lo emocional y lo poético.

La necesidad de contar lo que sucede en espacios reducidos —en la soledad de una habitación, en la quietud de una ventana— me permitió descubrir una manera más directa y breve de describir situaciones, emociones y espacios, pero sin renunciar a la profundidad poética. En esta búsqueda, cada texto se convierte en un juego de síntesis donde la palabra condensada es capaz de evocar la vastedad de un universo emocional. La ‘encerrona’, en ese sentido, no solo transformó el acto creativo, sino que también resignificó el espacio de la dramaturgia colombiana, añadiéndole un matiz de intimidad y una estética donde el fragmento y lo implícito se vuelven protagonistas.

En esa búsqueda creativa me aventuré a realizar dos cortos teatrales que permitieron explorar los límites entre el teatro y el cine, cada uno inspirado en obras clásicas que ofrecen un pretexto para construir una dramaturgia visual. El primero, *El duelo*, parte de la esencia de *Medea*, explorando el dolor y la traición. Aquí intenté materializar la dramaturgia a través de imágenes más teatrales que cinematográficas, creando un lenguaje visual que dialogara con el peso emocional de la obra.

El segundo corto, *Entremés*, se inspiró en *Las sillas*, de Ionesco, y planteó una narración simbólica sobre una pareja cuyo punto de encuentro era una silla, un objeto que adquiere en sí mismo una dimensión

dramática. Ambas fueron exploraciones que intentaban traducir el lenguaje teatral al audiovisual mediante la cámara de un celular, haciendo de cada encuadre una extensión de la poética escénica y permitiéndome indagar en el potencial de la dramaturgia desde nuevos formatos, con una estética que combina lo clásico y lo contemporáneo.

Partiendo del concepto de «aldea global» planteado por McLuhan, según el cual el mundo se ha hecho más pequeño debido a la profusión de las comunicaciones y la economía global, ¿considera que estamos a la par de los procesos dramáticos de Europa, Oriente y Estados Unidos? De no ser así, ¿en qué punto cree que podemos situarnos?

Creo firmemente que la dramaturgia colombiana, y en un sentido más amplio, la latinoamericana, tiene una vitalidad y un carácter únicos que la sitúan a la par de las tendencias de Europa, Asia y Estados Unidos. Si bien hemos bebido de las estéticas, teorías y técnicas provenientes de otros continentes, nuestra realidad social, geográfica y antropológica nos ha impulsado a codificar nuevas formas que responden a nuestras particularidades. Este proceso ha permitido que nuestra dramaturgia se desarrolle con una voz y un lenguaje propios, que dialogan con las complejidades de nuestras historias y territorios sin perder su universalidad.

En esta «aldea global» que describe McLuhan, el mundo parece más pequeño y las comunicaciones facilitan el intercambio de ideas y estéticas de manera casi inmediata. Sin embargo, creo que, lejos de imitaciones o comparaciones, hemos encontrado un equilibrio donde nuestras obras conviven con las tendencias globales, conservando una autenticidad que refleja los paisajes, los personajes y las contradicciones de nuestra región. Nuestra dramaturgia no necesita medirse con

otras, pues su valor radica en la profundidad de sus propios cuestionamientos y en la fuerza de sus narrativas únicas, que exploran el alma humana y la realidad latinoamericana con la misma intensidad que cualquier otra corriente internacional.

Es cierto que los desafíos de producción, visibilidad y apoyo a nivel global pueden situarnos en una posición distinta en términos de proyección, pero esto no disminuye el nivel de nuestros procesos creativos. En lugar de vernos «por debajo» de los procesos europeos o asiáticos, creo que coexistimos en un espacio horizontal, donde cada dramaturgia en el mundo, desde su especificidad cultural, enriquece y contribuye a una conversación global.

¿En qué está trabajando actualmente? ¿Qué lo provoca, lo incomoda o lo inspira para aventurarse en una nueva dramaturgia?

Actualmente me encuentro trabajando en poder desentrañar un caudal de emociones, sensaciones e ideas en una dramaturgia que explore los límites entre lo real y lo ficticio, inspirándome en la idea de que la realidad es, en cierto modo, una construcción mental, una ficción que nuestra mente configura y reconfigura.

Como bien dijo Oscar Wilde, el arte no solo imita la vida, sino que también la configura, y este pensamiento me impulsa a cuestionar las fronteras entre la ficción y la realidad en escena. En cada puesta en escena, no solo buscamos representar el mundo, sino también darle vida a través de la acción del actor, generando universos en los que cada palabra y cada gesto adquieren una verdad propia.

Este cuestionamiento me lleva a una búsqueda constante de nuevas formas de plasmar esa frontera difusa en el papel, configurando una dramaturgia que se nutre tanto de las emociones como de las ideas, de la tragedia como de la comedia, y que busca resonar con las dimensiones

psicológicas y emocionales del ser. Lo que me incomoda y, a la vez, me inspira, es el desafío de construir un lenguaje en el que cada palabra tenga la fuerza de una acción viva, y el cuestionamiento del ser y de su existencia en este «espacio ficticio—real» adquiera una potencia que trascienda el papel para volverse creación escénica.

En este sentido, la dramaturgia en la que trabajo se convierte en un espacio de experimentación y de exploración, donde cada nuevo texto es un intento de llevar a escena no solo una historia, sino también una realidad alterna que invite al espectador a habitarla, a confrontarla y, en última instancia, a descubrirse en ella. Es un viaje que trasciende lo tangible para adentrarse en un territorio donde la ficción es tan real como la vida misma, y donde el acto de creación se vuelve un espejo de nuestras propias inquietudes y búsquedas profundas.



JOAN JIMÉNEZ HINCAPIÉ

Actor, director, dramaturgo y escritor. Maestro en Artes Escénicas de la Academia Superior de Arte de Bogotá (ASAB). Magister en Dramaturgia y Dirección de la Universidad de Antioquia. Sus inquietudes creativas lo llevaron a fundar el grupo TeatronaciónT donde desarrolla su trabajo como director, actor y dramaturgo desde 2008.

Fotografías:

Pag. 5. Obra: *Uno o la Trashumancia de los sueños*.

Pag. 7. Obra: *Séptimus y el viaje de los peregrinos*.

Fardo memorial

Volteo la mirada hacia atrás y me encuentro persiguiendo un fardo de culpas, con un espejo que refleja mi rostro. Susurro una canción de cuna que nunca llegué a escuchar. A mi lado, los espectros de quienes amé profundamente. Un camino de pavesas desciende de una montaña rojiza y escarpada, bajo un cielo de gris brillante.

El ser del pasado se arrodilla ante su propio fardo. Nada me pertenece ya. Ahora el sol ilumina mi cabeza con su corona multicolor, mientras me acompaña la sabiduría y nobleza de seres diamantinos. Entre ellos se encuentra ella, la dama de mis sueños más profundos, quien da calor a mi espíritu.

Por el camino que lleva de vuelta a casa desde el pueblo, se despliega un paisaje de inquietante belleza. A la mano derecha, se extiende un regimiento con sus uniformes impecables y disciplinadas filas. A la izquierda, se alza majestuosa una escuela, un lugar donde el conocimiento y el aprendizaje florecen. El camino se muestra recto y aparentemente interminable. A medida que uno avanza es fácil dejarse llevar por una sensación de ensoñación donde, tanto de día como en las noches de luna llena, los espejismos acechan.

Aquella noche, la luna se erguía imponente en el cielo, rebosando luz y deslumbrando con la perfección de su circunferencia. Llevaba ya tres horas trasegando por el camino de regreso a casa, después de un día monótono lleno de buses abarrotados, embotellamientos, mendigos, hombres y mujeres sumidos en sus pecados. Sin embargo, caminaba con una tranquilidad que irradiaba paz, mientras pensamientos dulces fluían al compás de cada paso. Solo la pesadez de la maleta que llevaba, conteniendo libros apenas hojeados y la ropa de trabajo, me incomodaba.

Mis ojos alternaban entre el suelo, mi sombra, la misteriosa aureola rojiza y la radiante luna. Alzando la vista hacia el frente, en busca de la señal de cuánto me faltaba para llegar a mi destino, divisé una sombra gigantesca, como una roca, en medio del camino. Avancé con la duda reflejada en mis ojos mientras la sombra disminuía su tamaño gradualmente. Después de unos minutos que parecieron siglos de incertidumbre, pude distinguir la figura de un ser deforme que se arrastraba hacia mí. El miedo se apoderó de mí y sentí el impulso de dar media vuelta y correr, pero quedé paralizado. Mis piernas temblaban y me aferré al andén del camino en busca de apoyo.

Mis ojos no se apartaban de aquella sombra que se acercaba cada vez más. A pocos pasos de distancia, logré reconocer la figura de un hombre envuelto en una ruana y cubierto por un sombrero, quien cargaba un fardo pesado sobre su espalda, obligándolo a arrastrar los pies hundidos en alpargatas. Una sensación de vergüenza me invade al darme cuenta de la imaginación y la debilidad de mi temple. Esperaba que aquel hombre continuara su camino, probablemente proveniente de sus labores en los sembríos de papas más allá del regimiento. Era casi medianoche. Sin embargo, el hombre decidió detenerse frente a mí y se sentó a mi lado.

«Buenas noches, señor» dije, esperando una respuesta que no llegó.

Escuchaba su respiración agitada, mientras la luz de la luna chocaba contra su sombrero, dejando su rostro sumido en sombras. Solo podía apreciar sus manos rugosas, aferrándose con fuerza al costal que llevaba a su espalda.

«¿Parcero, estamos cerca de la guardia?» Preguntó con una voz joven y enfermiza.

«Faltan aproximadamente unas dos horas» -respondí.

«¿Parcero, tiene algo de beber o algo para comer? Hemos caminado varios días y desde ayer no probamos bocado».

El intercambio de palabras me trajo cierta tranquilidad. Saqué un par de galletas de mi maleta, las mismas que había comprado al mendigo en el autobús, y se las ofrecí. Él colocó el fardo frente a él, tomó las galletas y depositó la mitad en el costal, engullendo el resto de un manotazo y pasándolas con dificultad.

«Y de dónde viene usted?» -inquirí, tratando de entablar una conversación.

«Venimos de San José del Carmen. Ahí encontré a mi padre, quien me buscaba. Venimos a ver al capitán Morales que está en este regimiento».

El frío helaba hasta los huesos. Deseé levantarme y continuar mi camino, pero la inseguridad que siempre me ha acompañado me lo impidió. Volví mi rostro con determinación para observar detalladamente la silueta del hombre sentado a mi lado. A pesar de estar tan cerca de él, su rostro seguía siendo desconocido y su voz no correspondía a la de un hombre viejo. Su aroma era un almizcle de sudor y descomposición. El silencio se prolongó más de lo debido, mientras una nube impetuosa cubría la luna, pero la aureola roja persistía en su resplandor.

Al otro lado del camino, tras la reja que protegía el regimiento, un pelotón pasó, realizando el cambio de guardia sin percatarse de nuestra presencia. Aproveché aquel momento y me levanté para continuar mi camino, cuando otra voz, gastada y anciana, afirmó:

«Este es mi hijo. Lo cargo a mis espaldas, pesa como cuando era un niño pequeño. Él está aquí dentro... La orden fue fusilarlo, desmembrarlo... por negarse a disparar. Lo encontré en un hueco, completamente desmembrado, pero yo lo reconozco hasta



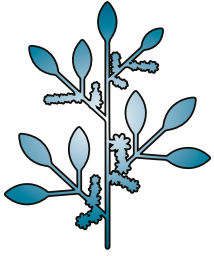
en las uñas... Lo he traído al comandante para que me diga, por qué, además, le robó la cadenita de oro de la virgencita que su madre le regaló con esfuerzo... Bueno, joven, permiso. Dios le pague las galletas y que tenga una buena noche».

Con fuerza, el hombre se puso de pie, aferrándose al fardo con ambas manos, inclinando su cuerpo y cargándolo sobre su espalda. Avanzó con dificultad, pero con determinación, alejándose, mientras escuché cómo pronunciaba la otra voz, la joven «Nos vemos parcero».

Quedé petrificado, helado, observando cómo se alejaba, o, mejor dicho, cómo se alejaban, bajo los intensos rayos de la luna que volvía a iluminar la noche.

Del libro *Entre sombras y desvelos*
Joan Esteban Jiménez Hincapié
Ilustración: Sara Manuela Zuluaga.

[La Cólquide Editorial 2025](#)



Guayacán

Revista digital de Artes Escénicas

#13

PROTOTIPO
2026

ISSN 2806-0377

Contenidos digitales Revista Guayacán n° 13

JOAN ESTEBAN JIMÉNEZ HINCAPIÉ

Amarillismo

«Una esperanza en la invención, para dar fin a la deidad de la maldad y el horror».

Joan Esteban Jiménez Hincapié, 2021.

Audio dramatizado

El duelo

«Experimento en tiempos de pandemia».

Inspirado en la tragedia griega *Medea*.

TeatronacienT y Julia Marín.

Actuación: Julia Marín, Amaru Jiménez.

Dirección: Joan Esteban Jiménez Hincapié, 2020.

Corto teatral

